

Daniel Defoe
Aventuras de Robinson Crusoe

Prefacio

Si alguna vez ha sido digno de publicarse el relato de las aventuras de un hombre y de ser bien acogido por el lector, el editor de estas páginas considera que este es el caso de esta historia. Los hechos asombrosos de la vida de este hombre superan a todo lo dicho, pues es difícil hallar mayor variedad en la vida de otro.

La historia se cuenta con humildad, con seriedad, haciendo que los hechos sirvan de ejemplo religioso, que es como los hombres sabios los utilizan siempre; es decir, que sus fines son instruir a los demás con este ejemplo y justificar y honrar la sabiduría de la Providencia en toda circunstancia, sean estas las que sean o se produzcan.

El editor cree que esta es una historia real sin rastro alguno de ficción o invención. Habrá quien piense, porque siempre tales cosas suscitan opiniones diversas, tanto en el entretenimiento como en la enseñanza, todo conduce a lo mismo; y así es como, sin más cortesías para con el mundo, el editor cree que al publicar esta obra presta un gran servicio a quien la lea.

Primera parte

Primeras aventuras

Nací en 1632, en la ciudad de York, de buena familia, aunque no de la región, pues mi padre era un extranjero natural de Bremen que, inicialmente, se asentó en Hull¹. Allí consiguió hacerse con una buena fortuna gracias al comercio y, más tarde, abandonó sus negocios y se fue a vivir a York, donde se casó con mi madre, que pertenecía a la familia Robinson, una de las buenas familias de la comarca, de la que obtuve mi nombre, Robinson Kreutznaer. Sin embargo, por la alteración de las palabras, que es algo muy habitual en Inglaterra, ahora nos llaman, quiero decir, nos llamamos y así escribimos nuestro nombre, Crusoe, y así es como me han llamado siempre mis compañeros.

Tenía dos hermanos mayores, uno de los cuales fue teniente coronel de un regimiento de infantería inglesa en Flandes que antes había estado bajo el mando del famoso coronel Lockhart, que murió en la batalla de Dunkerque² contra los españoles. En cuanto a mi segundo hermano, nunca he sabido de sus aventuras, al igual que mis padres tampoco supieron qué fue de mí.

Siendo el tercer hijo de la familia y ya que no me había educado en ningún oficio, desde muy pequeño se me llenó la cabeza de ideas, siempre divagando. Mi padre, que era ya muy anciano, me había dado una buena educación, todo lo buena que puede adquirirse en casa y en las escuelas rurales gratuitas, y su intención era que estudiara y me dedicara a

1 Gran puerto pesquero y comercial de Gran Bretaña junto al estuario del río Humber.

2 La batalla de Dunkerque se produjo en 1658 en esta ciudad francesa del mar del Norte, donde el ejército anglo-francés derrotó al español.

la abogacía. Pero a mí nada me entusiasmaba más que hacerme marino, y fui dominado por este deseo que me animó a no acatar su voluntad, es decir, las órdenes de mi padre, así como a no escuchar las súplicas y ruegos de mi madre y mis amigos. Pues parecía que hubiese alguna fatalidad en aquella propensión natural que me encaminaba a la vida de tormentos y miserias a la que estaba destinado.

Mi padre, un hombre prudente y discreto, me dio sabios y excelentes consejos para hacerme desistir de llevar a cabo lo que suponía que era mi proyecto. Me llamó a su alcoba una mañana, donde le confinaba la gota, y me instó amorosamente pero con vehemencia a abandonar esta idea. Me preguntó qué razones podía tener, aparte de una mera propensión a la aventura, para abandonar la casa paterna y mi patria, donde sería bien acogido y podría labrarme con dedicación y constancia una buena fortuna y vivir una vida desahogada y cómoda. Me dijo que solo los hombres desheredados por la fortuna, por un lado, o los hombres de alta condición que se iban al extranjero para hacerse famosos y probar su valor en busca de grandes empresas realizando obras poco habituales para la mayoría de las personas, por otro lado, eran los que se lanzaban a recorrer el mundo en busca de aventuras. La primera de estas posibilidades, continuó mi padre, estaba muy por debajo de mí, y la segunda, muy por encima, por lo que mi situación se hallaba en un estado intermedio, o lo que se podría llamar el nivel más alto de una vida modesta y que, según su propia experiencia, era el mejor estado del mundo y el más apto para la felicidad, pues no estaba expuesto a las penalidades y privaciones de los que trabajan con sus propias manos, y se encontraba a salvo de la vergüenza, el orgullo, el lujo, la ambición y la envidia de los poderosos. También me dijo que podía juzgar por mí mismo la felicidad de este puesto con el hecho de que este era el estado que todas las personas envidiaban; que los reyes se lamentaban con frecuencia de las terribles consecuencias que tenía el haber nacido para grandes propósitos y que preferirían haber nacido en el medio de los dos extremos, entre los viles y los grandes; que el sabio opinaba lo mismo al considerar el término medio como el justo parámetro de la verdadera felicidad, rogando a Dios que le alejase tanto de ser ni rico como pobre³.

Estas reflexiones hicieron que me diera cuenta de algo que pude comprobar por mí mismo años más tarde. Que los hombres de más alta y los

3 Proverbios, 30:8: "No me des pobreza ni riqueza".

de más baja condición son siempre los que sufrían adversidades en la vida, mientras que los que se encuentran en ese estado intermedio conocen menos infortunios y no están expuestos a las vicisitudes que atormentan a los que se encuentran en los estados más altos y más bajos; que no padecían tantos males e inquietudes del cuerpo y del alma como los hombres que, ya sea por una vida llena de vicios, lujos y extravagancias, o por el trabajo excesivo, las penurias y la falta de alimentos, enferman más tarde como consecuencia natural del tipo de vida que llevan; que una condición intermedia de la vida abastecía todo tipo de virtudes y goces; que la paz y la prosperidad estaban al servicio de una fortuna media; que la discreción, la moderación, la tranquilidad, la salud, la serenidad, todas las placenteras diversiones y todos los placeres deseables eran las bendiciones que asisten a la vida en el estado medio; que, de este modo, los hombres transitaban tranquila y silenciosamente por el mundo y lo abandonaban también cómodamente, sin sentir el peso del trabajo realizado manual o intelectualmente, ni venderse como esclavos por el pan de cada día, ni atormentados por las contradicciones o circunstancias adversas que le roban la paz del alma y el descanso al cuerpo; que no sufren ni están enfurecidos con la pasión de la envidia, ni con el secreto ardiente de la lujuria de ambición por realizar grandes empresas, sino que en circunstancias agradables se deslizan suavemente por la pendiente del mundo, saboreando a conciencia las dulzuras de la vida, sin ninguna de sus amarguras, sintiéndose felices y aprendiendo, por las experiencias de cada día, a ser más conscientes de esa felicidad.

Después de esto, me rogó encarecidamente y del modo más afectuoso posible que no actuara como un joven atolondrado, precipitándome en busca de desgracias de las que me eximían tanto la naturaleza como la posición que me daba mi nacimiento. Me dijo que no tenía ninguna necesidad de buscarme el pan por mí mismo; que él sería bueno conmigo y me tomaría a su cargo hasta que pudiese alcanzar felizmente la posición en la vida que acababa de aconsejarme; y que si no lograba ser feliz y hacer fortuna en el mundo, debía reprochárselo simplemente a mi destino, o decir que sucedía por mi culpa, ya que él no se hacía responsable de nada porque había cumplido con su deber previniéndome sobre unas acciones que sabía que podían perjudicarme. En pocas palabras, que me proporcionaría toda la ayuda necesaria si me quedaba y me asentaba en casa como él me aconsejaba, pero que en caso contrario no quería contribuir a fomentar mis desgracias animándome a que me fuera, y no ha-

ría nada para ayudarme a abandonar la casa paterna. Para finalizar, me recordó que tomara el ejemplo de mi hermano mayor, con quien había empleado inútilmente los mismos argumentos que conmigo para disuadirlo de que fuera a la guerra en los Países Bajos, pero sus consejos fueron inútiles, pues no pudo controlar sus deseos de juventud y se alistó en el ejército, donde halló la muerte. Finalmente me dijo que no dejaría de rezar por mí, pero que se atrevía a profetizar que, si yo cometía la locura tan absurda de marcharme, no tendría la bendición de Dios; y que en el futuro tendría tiempo para reflexionar sobre las razones de no haber seguido su consejo, aunque para entonces tal vez ya no tuviera a nadie que me pudiese ayudar en el infortunio.

Me di cuenta de que en esta última parte su razonamiento fue verdaderamente profético, aunque supongo que mi padre lo ignoraba en ese momento; decía, que advertí que por las mejillas de mi padre bajaban abundantes lágrimas, en especial, cuando hablaba de la muerte de mi hermano; y cuando me dijo que llegaría la hora en la que me arrepentiría de mi decisión, y que no habría nadie que pudiese ayudarme, parecía tan conmovido que interrumpió su discurso, se le quebró la voz y me confesó que tenía el corazón tan oprimido que ya no podía hablar más.

Me sentí sinceramente emocionado por su discurso, ¿y a quién hubiera dejado indiferente?, y decidí abandonar para siempre la idea de viajar, para establecerme en casa, siguiendo los deseos de mi padre. Mas ¡ay!, a los pocos días se desvaneció este propósito y, en resumen, para evitar que mi padre me siguiera importunando con sus recomendaciones, pocas semanas después decidí partir hacia un país muy lejano. Sin embargo, no actué con rapidez, ni me dejé llevar por la urgencia que parecía augurar un primer impulso. Sino que, un día, me pareció que mi madre se sentía mejor que de ordinario y, llamándola aparte, fui a hablar con ella y le dije que todas mis ilusiones se centraban en ver el mundo, que nunca podría acometer otra actividad, como la que me proponían, con la determinación necesaria para llevarla a cabo; y que mejor era que mi padre me diera su consentimiento a que me forzara a irme sin él; que ya tenía dieciocho años, por lo que ya era tarde para empezar como aprendiz de un oficio o para iniciarme como ayudante de un abogado; que estaba seguro de que, en caso de emprender ese camino, no sería capaz de continuarlo y que, en poco tiempo, sin duda, huiría de esos trabajos para viajar por mar. Y que si ella quería hablar con mi padre y persuadirle de dejarme hacer tan solo un viaje por mar, en caso de regresar a casa de-

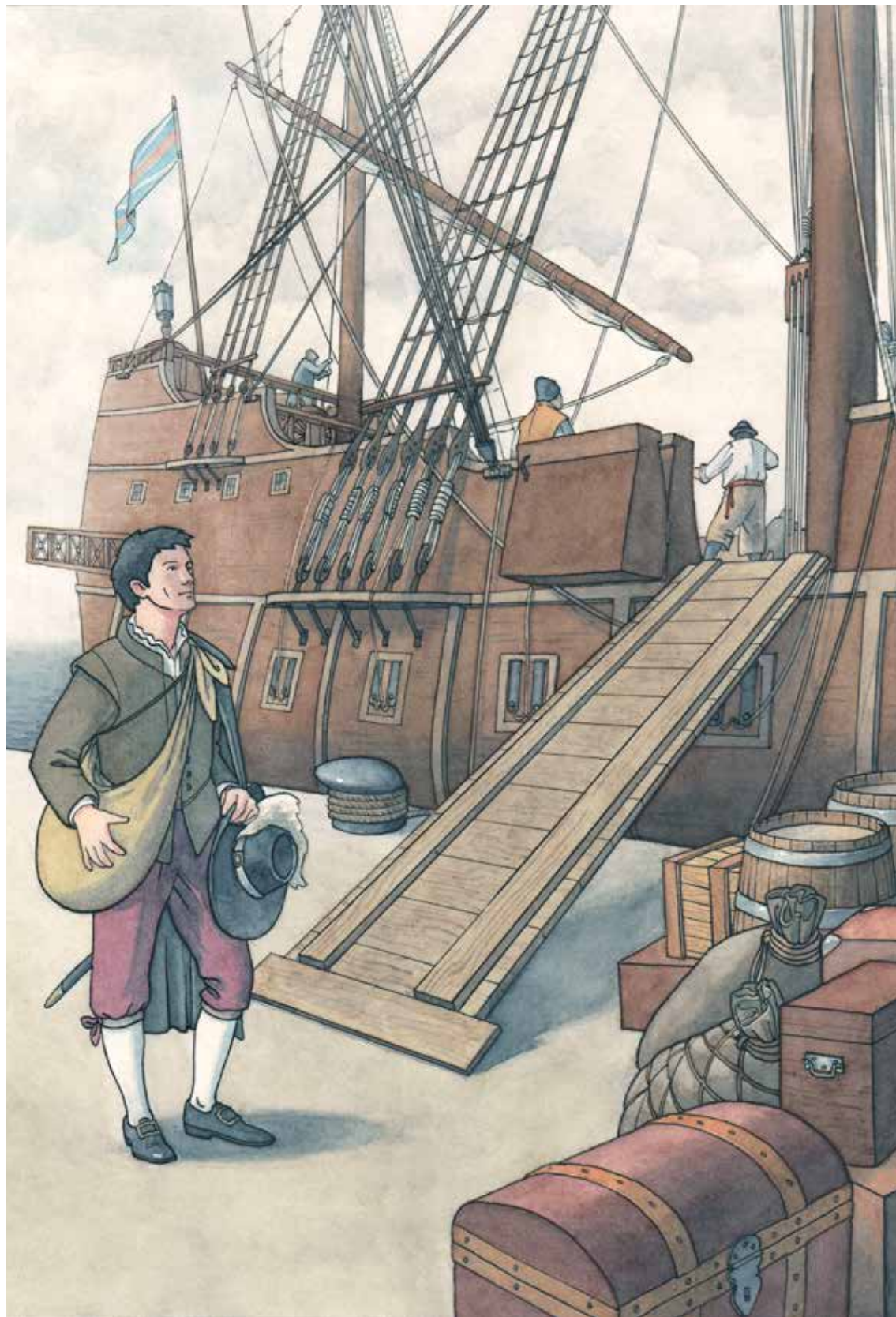
fraudado por la experiencia, renunciaría a mis deseos para siempre, y le prometía que me aplicaría doblemente para recuperar el tiempo perdido aumentando mi aplicación al trabajo.

Estas palabras hicieron montar en cólera a mi madre. Me dijo que no tenía ningún sentido hablar con mi padre sobre ese asunto, ya que él sabía demasiado bien cuál era el camino verdadero para mi provecho como para consentir algo que podía perjudicarme tanto; y que ella no comprendía cómo podía pensar algo así después de los razonamientos que había tenido con mi padre y de las expresiones de afecto y ternura que él había utilizado al hablar conmigo; en pocas palabras, que si yo seguía empeñado en arruinar mi vida, no me alentarían a hacerlo; que nunca obtendría su consentimiento para llevarlo a cabo; y que, por su parte, no quería ser cómplice de mi ruina, y que nunca pudiera decirse que mi madre había permitido un proyecto de esa clase, en contra de la voluntad de mi padre.

Aunque mi madre se negó a interceder con mi padre, luego supe que le había contado todo lo que hablamos y que mi padre le dijo suspirando amargamente:

—Si se quedara aquí, este muchacho podría ser feliz, pero si nos deja será el más miserable y desgraciado de los hombres. Yo no puedo darle mi consentimiento.

En menos de un año me escapé, aunque durante todo ese tiempo seguí obstinadamente sordo a toda proposición que me hicieron para que me asentara en el mundo de los negocios, y a menudo discutía con mis padres sobre su rígida determinación de oponerse a aquello a lo que mis deseos me llevaban. Pero un día, estando en Hull, a donde había ido por casualidad y sin ninguna intención de fugarme, viéndome allí, como digo, encontré a uno de mis amigos que se embarcaba rumbo a Londres en el barco de su padre y que me invitó a acompañarle, tentándome con el cebo del que normalmente se sirven los marineros, es decir, que no me costaría nada el pasaje. No volví para consultar ni a mi padre ni a mi madre, ni siquiera les envié un aviso de mi decisión. De este modo, dejé que se enteraran como pudiesen, y sin pedir la bendición a Dios o a mi padre, y sin considerar las circunstancias o las consecuencias de esta aventura, me embarqué con destino a Londres el uno de septiembre de 1651, bien sabe Dios que en mala hora. Creo que nunca los infortunios de un joven aventurero empezaron tan pronto, ni se prolongaron durante tanto tiempo como los míos. Apenas el barco había salido del río Hum-



ber cuando un vendaval empezó a soplar con fuerza y el mar comenzó a encrespase de un modo aterrador. Como nunca antes había estado en la mar, el mareo y el pánico hicieron presa en mí y comenzó lo indecible. Entonces empecé a pensar seriamente en lo que había hecho y en que estaba siendo castigado por mi reprobable conducta al abandonar la casa de mi padre y mis deberes. Recordé vivamente todos los buenos consejos de mis padres, las lágrimas de mi padre y las súplicas de mi madre, y mi corazón, que aún no se había endurecido como más tarde lo estuvo, me acusaba de haber desobedecido a sus advertencias y haber olvidado mis compromisos hacia Dios y hacia mi padre.

Mientras tanto la tormenta arreciaba y el mar, que nunca había visto tan de cerca, se encrespó con grandes olas, aunque sin punto de comparación con lo que he visto más adelante otras veces; no, ni con lo que vi pocos días después. Sin embargo, era suficiente para impresionar a este joven marinero que jamás había tenido experiencias en el mar. Parecía que en cada ola iba a tragarnos el agua, y cada vez que el barco se hundía en lo que a mí me parecía el fondo del mar, pensaba que no volvería a salir a flote. En medio de esta zozobra física y mental, hice múltiples promesas y votos. Pensaba que si Dios quería salvarme la vida en este viaje, y si volvía a pisar tierra firme, me iría inmediatamente a casa de mi padre y no volvería a embarcarme mientras viviese; que seguiría sus consejos y que jamás volvería a verme sumido en los peligros a los que ahora me veía expuesto. En aquellos momentos veía claramente lo acertado de sus argumentos a favor del estado medio de la vida, y lo plácida y confortablemente que había vivido, sin haber estado expuesto a tempestades en el mar ni a los peligros que acechan en la tierra. Decidí que, como un verdadero hijo pródigo arrepentido, volvería a la casa de mi padre.

Estos pensamientos tan sensatos y prudentes me acompañaron durante la tormenta, incluso, poco después. No obstante, al día siguiente, el viento había cesado y el mar se calmó, y yo comenzaba a acostumbrarme al barco. Estuve bastante cabizbajo durante todo el día porque aún me sentía algo mareado, pero hacia el crepúsculo el tiempo se despejó, el viento amainó y el atardecer fue magnífico. Al ponerse el sol, el cielo era purísimo y la mañana siguiente permaneció sin una nube. Una brisa imperceptible, muy leve, junto a un mar inmóvil sobre el que brillaba el sol radiante, me hicieron pensar que estaba disfrutando del espectáculo más fascinante que jamás hubiera visto en mi vida.

Había dormido bien toda la noche y ya no tenía mareos, de modo que estaba más animado, y me encontraba contemplando con asombro el agitado y amenazador mar del día anterior, y que, al cabo de tan poco tiempo, aparecía tranquilo y placentero. En aquel momento, para evitar que prosiguieran mis ideas de volver a casa, el compañero que me había incitado a viajar se me acercó para hablarme:

—Bueno, Rob —dijo dándome una palmada en el hombro—, ¿cómo te encuentras después de lo de ayer? Estoy seguro de que anoche te asustaste, cuando apenas soplaba una ráfaga de viento, ¿verdad?

—¿Llamarías a eso una ráfaga de viento? —dije yo—. ¡Aquello fue una tormenta espeluznante!

—¿Una tormenta, bobo? —replicó—. ¿Llamas a eso una tormenta? Vamos, hombre, si no fue nada. Dame un buen barco y mar abierto, y no nos preocuparemos por una borrasca como esa. Lo que pasa es que eres un marinero de agua dulce, Rob. Ven, vamos a preparar un trago de ponche y no pensemos más en eso. ¿Has visto qué tiempo más maravilloso hace ahora?

Finalmente, para abreviar esta penosa parte de mi historia, solo diré que seguimos la tradición de los marineros. Preparamos el ponche, me emborraché y, en el delirio de esa noche, ahogué todo mi arrepentimiento y mis meditaciones sobre mi conducta pasada y sobre mis propósitos para el futuro. En pocas palabras, igual que el mar estaba sereno y en calma después de la tormenta, al ordenar mis pensamientos de la noche anterior, una vez desaparecido el temor a ser tragado por el mar, entonces, retornaron mis antiguas ambiciones y me olvidé por completo de las promesas y votos que había hecho en los momentos de peligro. Es cierto que pasé por algunos momentos de reflexión en los que, a veces, recobraba la sensatez y la cordura, pero los rechazaba y luchaba en su contra como si de una enfermedad se tratase. Me dediqué de lleno a la bebida y a los amigos, y pronto logré vencer esos ataques, como los llamaba en esos momentos, y en cinco o seis días logré una victoria total sobre mi conciencia, como ningún otro joven que hubiese decidido acallarla hubiera conseguido. Pero todavía me faltaba superar otra prueba, y la Providencia, como suele hacer en estos casos, decidió privarme de cualquier disculpa con la que yo pudiera excusar mis actos. Como no había tomado lo sucedido a modo de aviso, el siguiente fue de tal magnitud que hasta el más implacable y empedernido de los hombres se hubiera visto obligado a reconocer lo espantoso del peligro y la necesidad de implorar misericordia.

A los seis días de navegación, llegamos a la bahía de Yarmouth. Como el viento había ido en contra y el mar estaba tan calmado, habíamos navegado muy lentamente después de la tormenta. En ese lugar nos vimos obligados a anclar y allí permanecemos, mientras el viento seguía soplando del sudoeste en dirección contraria a la marcha del barco, a lo largo de siete u ocho días durante los que llegaron muchos barcos, procedentes de Newcastle, que habitualmente suelen quedarse en la bahía esperando a que el viento sople favorablemente para entrar en el río.

Sin embargo, nuestra intención no era permanecer allí tanto tiempo, y hubiéramos dejado que la marea nos hubiese hecho remontar el río, a no ser por el viento que comenzó a soplar con más fuerza y, al cabo de cuatro o cinco días, adquirió una extraordinaria violencia. Pero como la bahía se consideraba un lugar tan seguro como los puertos, y estábamos bien anclados y nuestros aparejos eran fuertes, la tripulación no se preocupó del temporal, pues no sentían la más mínima alarma; se pasaban el día bebiendo y descansando del modo en que lo hacen los marineros. Sin embargo, en la mañana del octavo día, el viento aumentó y tuvimos que arriar el mástil⁴ y recoger las astas para que el barco resistiera lo mejor posible y tuviera estabilidad. Al mediodía el mar se agitó tanto que el castillo de proa⁵ se hundió varias veces y las olas barrían una y otra vez la cubierta, y un par de veces parecía que se nos había soltado el ancla, por lo que el capitán ordenó que echáramos el ancla mayor o de emergencia. Quedamos fondeados⁶ así para sostener la nave con dos anclas a proa y largando los cables hasta la bita⁷.

Para entonces ya se había desatado una terrible tempestad y, en aquel momento, empecé a percibir el terror y el espanto reflejados en los rostros de los marineros. El capitán no descuidaba en ningún momento la dirección de las maniobras para salvar el barco, pero al entrar y salir de su camarote, que estaba junto al mío, le oí decir en voz baja para sí mismo:

4 Arriar significa en náutica aflojar un cabo (cuerda) para bajar las velas. Mástil es el palo largo donde se colocan las velas. Arriar el mástil significa bajar las velas del mástil.

5 Castillo de proa es la estructura de madera que se levanta sobre la cubierta y que se colocaba en la proa (parte anterior de un navío), generalmente con funciones de ataque y defensa, donde se disponía la artillería.

6 Quedar fondeados quiere decir que se echó el ancla.

7 La bita es la pieza sólida de madera o de metal fuertemente unida a la cubierta que se utiliza para dar vueltas a las cuerdas, cadenas o cabos de las anclas, velas o amarras de un buque.

—Señor, ten piedad de nosotros, es el fin, estamos perdidos. No hay salvación posible.

Durante estos primeros momentos de apuro me comporté estúpidamente, me quedé paralizado en mi cabina, que estaba en la proa; no soy capaz de describir cómo me sentía. Apenas podía volver a pensar en mis primeros remordimientos, de los que, aparentemente, había logrado liberarme con facilidad por mi duro corazón. Pensé que había superado el temor a la muerte y que esto no sería nada, como la primera vez. Pero cuando el propio capitán pasó por mi lado, como acabo de decir, murmurando que estábamos perdidos, me sentí aterrorizado. Salí de mi camarote y miré a mi alrededor. Nunca había visto una escena tan desoladora. El mar levantaba olas que se elevaban como montañas y que nos abatían cada tres o cuatro minutos. Cuando pude distinguir algo, lo único que podía ver era un espectáculo devastador. Dos barcos que estaban anclados cerca del nuestro habían tenido que cortar sus mástiles a la altura del puente⁸ para aligerar el peso y no hundirse, y nuestros hombres gritaban que un barco, que estaba fondeado a una milla⁹ de nosotros, se acababa de hundir. Otros dos barcos, a los que se les habían roto las cadenas de sus anclas, eran peligrosamente arrastrados hacia el mar por el oleaje, a merced de las borrascas y completamente desarbolados, sin ni siquiera un mástil. Los barcos ligeros resistían mejor al viento y se mantenían sobre el agua porque no sufrían tanto los embates del mar; sin embargo, dos o tres de ellos se fueron a la deriva y pasaron cerca de nosotros, hacia alta mar, con solo el foque o la vela cebadera¹⁰ al viento.

Al atardecer, el piloto y el contraestre le pidieron al capitán de nuestro barco que les permitiera cortar el palo de trinquete¹¹, a lo que el capitán se negó en principio. Mas cuando el contraestre protestó y le aseguró que, si no lo hacían, el barco zozobraría, el capitán accedió. Una

8 Cortar los mástiles a la altura del puente significa cortar los palos donde se colocan las velas a la altura del puente, que es el lugar desde el que se gobierna la nave, donde está el timón.

9 Milla es la medida itineraria que se utiliza en el mar y en la tierra. Una milla terrestre equivale a 1609,34 m. Una milla marítima, también llamada nudo, equivale a 1851,66 m.

10 Foque o vela cebadera es una vela triangular que se coloca sobre el palo que está más a proa de un buque.

11 En las embarcaciones con más de un mástil, el palo de trinquete es el mástil vertical más cercano a la proa.

vez cortado el palo de trinquete, el palo mayor¹² amenazó con desplomarse y con sus sacudidas desestabilizó la nave de tal modo que se vieron obligados a cortarlo también y a dejar la cubierta totalmente despejada.

Es fácil imaginarse cómo me sentía en este momento, pues no era más que un bisoño marinerero, que tan solo unos días antes se había aterrorizado ante muy poca cosa, una pequeña borrasca. Pero ahora, si me es posible expresarlo al cabo de tanto tiempo, al recordar los pensamientos que se cruzaban entonces por mi mente en aquel instante, me doy cuenta de que me causaba más horror el pensar en mis arrepentimientos decididos y en la facilidad con la que había abandonado mis decisiones, tomadas en un momento crítico, que el peligro de muerte ante el que me encontraba. Todo esto, sumado al terror de la tempestad, me puso en un estado de ánimo que no sabría describir ahora con palabras. Pero todavía no había ocurrido lo peor. El temporal se ensañaba con tal violencia que los propios marineros admitían que nunca habían visto otro peor. Teníamos un sólido barco, pero llevábamos un exceso de carga, y esto lo hacía bambolearse tanto que los marineros gritaban que de un momento a otro se iría a pique. Es cierto que fue una ventaja a mi favor el no saber lo que quería decir “irse a pique”¹³ y no me enteré de su significado hasta que lo pregunté más tarde. Mientras, la tempestad arreciaba de tal modo que pude ver algo que no se ve muy a menudo: el capitán, el contraestre y varios miembros de la tripulación más sensatos que los demás se pusieron a rezar, esperando que, de un momento a otro, el barco se hundiera. A medianoche, y para colmo de nuestras desgracias, uno de los hombres, que era el encargado de ir a ver la situación de la cala¹⁴, subió gritando que teníamos una vía de agua¹⁵, y otro dijo que teníamos cuatro pies¹⁶ de agua en la bodega. Entonces nos llamaron a todos para manejar la bomba. Al oír esta palabra, en ese momento, me falló el corazón y caí de espaldas sobre uno de los costados de mi cama en el camarote, junto a la cual estaba sentado.

Sin embargo, los compañeros me levantaron y me dijeron que, ya que no había sido útil hasta ese momento, muy bien podía ayudar con la bomba como cualquiera de ellos. Al oír esto, me levanté rápidamente,

12 El palo mayor en una embarcación de tres palos es el mástil más alto que está colocado cerca del centro del barco.

13 “Irse a pique” significa hundirse, naufragar.

14 Cala es la parte más baja del interior del barco.

15 Vía de agua es una abertura por donde entra agua en una embarcación.

16 Pie: medida de longitud que equivale a 30,48 cm.

me dirigí a la bomba a achicar agua y me puse a trabajar con todas las fuerzas de mi corazón. Mientras tanto, el capitán había divisado unos barcos carboneros de pequeño calado que, obligados a resistir la tormenta, tuvieron que largar amarras¹⁷ y lanzarse a mar abierto. Cuando pasaron cerca de nosotros, ordenó disparar un cañonazo para pedir auxilio. Como yo no tenía ni idea de lo que eso significaba, me asusté tanto que pensé que el barco se había quebrado o que había chocado con otro, o que había sucedido una gran tragedia. En resumen, me sorprendió tanto que me desvanecí. En esos momentos cada cual velaba por su propia vida, de modo que nadie me prestó atención ni se preocupó por lo que pudiera pasarme. Un marinero se acercó a la bomba y, apartándome con el pie, sin duda creyéndome muerto, me dejó allí tendido y ocupó mi puesto. Pasó un buen rato antes de que recuperara el sentido.

Seguimos achicando el agua, que no cesaba de entrar en la bodega e iba aumentando su nivel en vez de descender, y era evidente que el barco se hundiría. Aunque la fuerza de la tempestad amainó un poco, no era posible recorrer la distancia suficiente para llegar a nado hasta el puerto, por lo que el capitán siguió disparando cañonazos pidiendo ayuda. Un barco pequeño, que había estado fondeado justo delante de nosotros, arrió un bote para auxiliarnos. Con grandes dificultades, el bote se nos aproximó, pero no podíamos salvar la distancia que nos separaba, y él no podía arrimarse al costado de nuestro barco, hasta que, por fin, los hombres que iban en el bote comenzaron a remar con todas sus fuerzas y, arriesgando su vida para salvarnos, lograron acercarse más para que nuestros hombres les lanzaran por popa un cable atado a una boya. Largamos la cuerda, pudieron asirla, y después de muchas dificultades, esfuerzos y peligros, el bote logró acercarse a nosotros por popa y atracar, y conseguimos subir todos a bordo. Una vez allí, comprendimos que ni ellos ni nosotros podíamos tratar de llegar hasta su nave, así que acordamos dejarnos llevar a la deriva y limitarnos a dirigir el bote hacia la playa tanto como fuera posible. Nuestro capitán les prometió que, si el barco sufría desperfectos al llegar a la orilla, él se haría cargo de indemnizar a su capitán. Así, pues, con la ayuda de los remos y la corriente unas veces, y otras manejando el gobernalle¹⁸, nuestro bote fue avanzando hacia el norte, en dirección oblicua a la costa, que coincidía con Winterton Ness.

17 Largar amarras es soltar de una vez o del todo las amarras, que son cabos, cables o cadenas que sujetan el barco a algo, por ejemplo, al muelle o a una boya.

18 Gobernalle o timón de la embarcación.

Apenas había transcurrido un cuarto de hora desde que abandonáramos nuestro barco, cuando lo vimos hundirse, y entonces comprendí, por primera vez, lo que significa “irse a pique”. Debo reconocer que, cuando los marineros me dijeron que se estaba hundiendo, no tuve ánimos para levantar la vista, ya que desde el momento en que me subieron a bordo, porque no es más exacto decir que yo lo hiciera, sentí un gran vacío dentro de mí, en parte intimidado por el miedo y en parte obsesionado por el horror de lo que, según pensaba, aún me esperaba.

Mientras estaba así, los hombres seguían remando para acercarnos a la playa que podíamos ver y que estaba llena de gente que, cuando subíamos con el bote a la cresta de una ola, iba corriendo de un lado a otro para socorrernos en cuanto llegáramos a la orilla. Pero el avance era muy lento y no nos acercamos a tierra firme hasta doblar primero el faro de Winterton, donde la costa hace una entrada hacia el oeste en dirección a Cromer. De ese modo, la tierra nos protegía un poco del furioso viento y pudimos llegar a la orilla. Con mucha dificultad desembarcamos a salvo en la playa y, después, fuimos andando hasta Yarmouth, donde nos trataron con gran humanidad y se compadecieron de nuestra desgracia tanto los magistrados del pueblo, que nos proveyeron buen alojamiento, como los comerciantes y navieros, que nos dieron suficiente dinero para llegar a Londres o regresar a Hull, según lo deseáramos.

Si hubiese tenido la sensatez de regresar a Hull y de allí a mi casa, mi padre, como en la parábola del Evangelio, hubiese hecho sacrificar un cordero bien cebado para celebrar mi regreso y habría sido feliz, pues pasó mucho tiempo desde que se enteró de que el barco en el que me había escapado se había hundido en la bahía de Yarmouth y que yo no me había ahogado en él.

Pero mi cruel destino seguía empujándome con una obstinación irresistible; y aunque muchas veces sentí la enérgica voz de la razón y el buen juicio aconsejándome que regresara al hogar, me sentía impotente para hacerlo. No sé cómo definir esto, ni siquiera afirmar que se trata de un mandato secreto y obligatorio que nos alienta a obrar como instrumentos de nuestra propia destrucción, aunque seamos conscientes de ello, y abalanzarnos hacia ese camino con los ojos abiertos. Ciertamente, solo una desgracia semejante, la existencia de un ineludible destino que guió mis pasos hacia el infortunio, del que me era imposible escapar, pudo haberme obligado a seguir adelante en contra de los sensatos razonamien-

tos, los principios más arraigados en mi conciencia y de las dos duras experiencias que había recibido en mi primer intento.

Mi amigo, que me había ayudado a fortalecer mi decisión después de la primera tempestad y que era hijo del capitán, estaba en esos momentos menos decidido que yo. La primera vez que me habló en Yarmouth fue pasados tres o cuatro días de nuestro desembarco, puesto que nos separaron en distintos alojamientos en la ciudad; como decía, la primera vez que entonces nos vimos, me pareció notar un gran cambio en él, me miró con un aspecto melancólico y, sacudiendo la cabeza, me preguntó cómo estaba. Contó a su padre quién era yo y le explicó que había hecho este viaje a modo de primera experiencia, para luego embarcarme hacia tierras lejanas. Su padre se volvió hacia mí con un gesto de preocupación pero afectuosamente:

—Muchacho —me dijo—, no debes volver a embarcarte nunca más. Considera lo ocurrido como una señal clara e irrefutable de que tu destino no es ser marino.

—Pero, señor, ¿por qué? —le dije—, ¿acaso no pensáis volver al mar?

—Mi caso es diferente —dijo él—, este es mi oficio y, por lo tanto, mi deber. Pero si tu viaje fue una prueba, has visto que los cielos te han prevenido suficientemente de lo que te espera si insistes. Es posible que hayas sido la causa de lo que nos ha sucedido, como pasó con Jonás en el barco que lo llevaba a Tarsis¹⁹. Os ruego, por favor, que me digáis, ¿quién eres y por qué te has embarcado?

Entonces le relaté parte de mi historia y al final estalló en un extraño ataque de cólera y dijo:

—¿Qué habré hecho yo para que semejante desdichado se montara en mi barco? ¡No pondría un pie en el mismo barco que tú otra vez ni por mil libras esterlinas!

Como pensaba, esta expresión fue un exabrupto comprensible por el estado de ánimo en el que nos encontrábamos a causa de la pérdida del barco, una explosión de sus emociones, aún alteradas por esa sensación de pérdida, y que no pudo dominar. Sin embargo, luego me habló serenamente y me exhortó a que regresara junto a mis padres y a no desafiar a la Providencia, ya que podía ver claramente que la mano del cielo había caído sobre mí. Continuó:

¹⁹ Se refiere a la Profecía de Jonás, 1:1-16. En este episodio, Dios ordenó a Jonás que fuera a Nínive para anunciar su destrucción. Desobedeciéndole, Jonás se embarcó para Tarsis, y se levantó una terrible tempestad que solo cesó cuando arrojó a Jonás al agua.

—Y, muchacho —dijo—, ten en cuenta lo que te estoy diciendo. Nada puedes hacer contra esto, pues si no regresas a tu casa, a donde quiera que vayas no encontrarás más que desastres y desalientos hasta que se hayan cumplido las desgracias que anunció tu padre.

Yo apenas le respondí y poco después nos despedimos, y no volví a verlo más; hacia dónde fue, no lo sé. Por mi parte, como me encontré con un poco de dinero en el bolsillo, viajé por tierra a Londres, y allí, lo mismo que en el transcurso del viaje, me debatí en grandes luchas internas sobre el rumbo que debía dar a mi vida: si tenía que regresar a casa o embarcarme.

La vergüenza era el mayor obstáculo que me hacía rechazar mis buenos impulsos de regresar a casa, e inmediatamente imaginé que mis vecinos se reirían de mí y que me avergonzaría presentarme, no solo ante mis padres, sino ante el resto del mundo. Desde entonces, he observado a menudo lo incoherentes e irracionales que son los seres humanos, especialmente los jóvenes, frente a la conducta que adquieren en estos casos; es decir, que no se avergüenzan de sus faltas sino de arrepentirse de su pecado; no se avergüenzan de las acciones por las que, justamente, serían tomados por necios, sino de retractarse y volver a buen camino, por lo que serían merecedores de ser considerados como sabios.

En este estado de incertidumbre permanecí un tiempo, dudando ante el camino que tomar y sin decidir qué rumbo dar a mi vida. Me resistía a volver a casa y, a medida que pasaba el tiempo, se iban disipando los recuerdos de mis desgracias y los peligros que había sufrido. Y a la vez que estos se desvanecían, mis débiles intenciones de regresar a casa se evaporaban también. Finalmente, me olvidé de esos pensamientos y me dispuse a buscar la forma de viajar otra vez.

La nefasta inclinación que, en el principio, me había hecho abandonar la casa de mi padre, me inspiró para seguir la descabellada y absurda idea de hacer fortuna, y dicha presunción se apoderó de mí con tal fuerza que me hizo sordo a todos los sabios consejos, a todas las advertencias, e incluso hasta a las órdenes de mi padre; digo, que esa misma influencia, sea de la naturaleza que fuese, me impulsó a realizar la más desafortunada de las empresas que pueden concebirse. Me embarqué en un navío rumbo a la costa de África o, como dicen los marineros, me hice a la mar rumbo a Guinea.

Lo peor es que en ninguna de estas aventuras me enrolé como marino. Si lo hubiera hecho, aunque hubiese tenido que trabajar un poco

más de lo que solía hacer, al mismo tiempo habría aprendido el oficio, y hubiese podido llegar, si no a capitán, al menos a piloto o a contramaestre²⁰. Sin embargo, fiel a mi destino de siempre elegir lo peor, al encontrarme con dinero en el bolsillo y bien vestido, elegí embarcarme a bordo como un señor y, por ello, nunca realicé ninguna tarea en el barco ni aprendí a hacer nada.

Tuve la fortuna de encontrar muy buenos amigos al poco tiempo de mi llegada a Londres, hecho que no siempre les ocurre a jóvenes tan indolentes y desencaminados como lo era yo entonces, pues el diablo no pierde la oportunidad de tenderles sus trampas desde muy jóvenes. Mas no fue esa mi suerte. Conocí al capitán de un barco que había estado en la costa de Guinea y que, como había obtenido muchos beneficios, estaba resuelto repetir el viaje. Este hombre escuchó gustosamente mi conversación, que en aquel momento no dejaba de tener cierto interés, y cuando me oyó decir que tenía la intención de ver el mundo, me invitó a acompañarle y me advirtió que no me costaría un centavo; que sería su invitado, su compañero de mesa y de viaje, su amigo, y que, si quería llevarme alguna cosa conmigo para intercambiar, le sacaría todos los beneficios que el comercio permitiese; y añadió que quizás en este viaje encontraría un poco de estímulo para mis ambiciones.

Acepté su oferta y entablé una estrecha amistad con este capitán, que era un hombre franco y honesto. Empecé el viaje y me llevé una pequeña cantidad de dinero que arriesgué con él y que, gracias a la desinteresada honestidad de mi amigo el capitán, pude aumentar considerablemente. Compré, siguiendo sus consejos, cuarenta libras de baratijas y fruslerías como él me había indicado. Reuní las cuarenta libras con la ayuda de los parientes con los que mantenía el contacto, y quienes siempre he creído que convencieron a mi padre, o al menos a mi madre, para que contribuyeran con algo para mi primer negocio en este viaje.

Esta expedición fue, de todas mis aventuras, la única afortunada debido a la integridad y honradez de mi amigo el capitán, de quien también obtuve un aceptable conocimiento de las matemáticas y de las reglas de navegación, así como de la manera de calcular la velocidad del barco y de situar su posición en el mapa; en pocas palabras, pude saber algunas de las cosas imprescindibles para un marino, como aprender a llevar una

²⁰ Contramaestre es el oficial de mar que manda las maniobras y se ocupa de la marinería.

bitácora de viaje. Como él ponía tanto empeño enseñándome y yo aprendiendo, así fue como en este viaje me hice marinero y comerciante a la vez, ya que obtuve cinco libras²¹ y nueve onzas²² de oro en polvo a cambio de mis baratijas. Es decir, al llegar a Londres este comercio me produjo una ganancia de casi trescientas libras esterlinas. Este triunfo me llenó la cabeza de todos los pensamientos ambiciosos que desde entonces me llevaron a la ruina.

Sin embargo, en este viaje también pasé muchos apuros. El mayor de ellos fue que estuve enfermo continuamente con violentas calenturas debidas al clima excesivamente caluroso, pues la mayor parte de nuestros principales puntos de comercio se realizaba en la costa, desde unos 15° de latitud norte hasta la misma línea del ecuador.

Ya podía considerarme un comerciante de Guinea. Para mi desgracia, mi amigo murió al poco tiempo de nuestro regreso, y decidí repetir el viaje y embarcarme en el mismo navío con uno que había sido piloto en el primer viaje y ahora había pasado a ser capitán. Este viaje fue el más desdichado que hombre alguno pudiera hacer en su vida, pues aunque no arriesgué más que cien libras esterlinas de mi recién adquirida fortuna, dejando las otras doscientas libras al cuidado de la viuda de mi amigo que, por cierto, me guardó fielmente el dinero, fueron muchas las terribles desgracias. La primera consistió en que mientras nuestro barco avanzaba hacia las Islas Canarias, o más bien entre estas islas y la costa africana, un día, al despuntar el alba, fuimos sorprendidos por un corsario turco de Salé que nos persiguió a toda vela. Nosotros también nos apresuramos a desplegar todo el velamen²³ que los mástiles podían soportar a fin de escapar. Pero viendo que el pirata se nos acercaba y que nos alcanzaría en cuestión de pocas horas, nos pertrechamos para el combate; para esto, nuestro barco contaba con doce cañones, mientras que el del pirata tenía dieciocho. Alrededor de las tres de la tarde nos alcanzaron y empezó el ataque de una manera inesperada, pues, por un error en su maniobra, se aproximó transversalmente a la borda de nuestro barco, en vez de hacerlo por popa como era su intención, y nos disparó una andanada²⁴ por el flanco. Ante esto, llevamos ocho

²¹ Libra: medida de peso que equivale a 453,44 g.

²² Onza: medida de peso que equivale a la dieciseisava parte de una libra y a 28,34 g.

²³ Velamen son todas las velas de una embarcación.

²⁴ Andanada es el conjunto de disparos que realiza la artillería de una nave al mismo tiempo.

de nuestros cañones a ese lado y respondimos con una descarga que le hizo virar nuevamente y retroceder, no sin que antes contestara a nuestro fuego del mismo modo y añadiendo la nutrida fusilería de los casi doscientos hombres que llevaba a bordo. No obstante, ninguno de nuestros hombres resultó herido, pues estaban todos a cubierto. Ellos se dispusieron a volver a atacar y nosotros, a defendernos, pero esta vez nos abordaron por el otro costado, y subieron sesenta hombres a la cubierta de nuestro barco e, inmediatamente, se pusieron a cortar y romper los puentes²⁵ y el aparejo²⁶. Les respondimos con fuego de fusilería, picas de abordaje, granadas y otras armas, y logramos despejar la cubierta dos veces. Pero, en fin, para abreviar esta triste parte de mi historia, solo diré que nuestro barco quedó totalmente desmantelado, que tres hombres murieron y ocho fueron heridos, y que nos vimos obligados a rendirnos, por lo que fuimos llevados como prisioneros a Salé, un puerto que pertenecía a los moros.

25 Los puentes son las partes más altas sobre la cubierta, es decir, plataformas estrechas con baranda.

26 Se denomina aparejo a todas las arboladuras, las velas, la jarcia y el conjunto de cabos de un buque.

Cautiverio y evasión

El trato que recibí en Salé no fue tan terrible como temía al principio, y fui el único al que no llevaron a la capital del país, donde reside el emperador, como le ocurrió al resto de nuestros hombres, sino que el capitán de los corsarios decidió retenerme como parte de su botín en calidad de esclavo, pues entonces yo era joven y listo, y podía serle útil para sus negocios, así que entré a formar parte de su servidumbre. Este inesperado cambio de condición, que me hizo pasar de ser un experto comerciante a un miserable esclavo, me dejó profundamente consternado. Entonces recordé las proféticas palabras de mi padre, su predicción cuando me advertía que sería un desgraciado en terribles circunstancias y que no hallaría a nadie que pudiera ayudarme. En aquel momento me parecía que mi situación era la peor de las imaginables, estaba convencido de que la mano de la justicia divina había caído sobre mí y de que mi perdición era segura, sin salvación. Mas ¡ay de mí!, esto era solo un prelude de las desgracias que me aguardaban, como se verá en la continuación de esta historia.

Como mi nuevo patrón me había conducido a su casa, tenía la esperanza de que me llevara consigo cuando volviese a embarcar, y creía que, tarde o temprano, su destino sería caer prisionero de la armada española o portuguesa, y así yo recobraría mi libertad. Pero muy pronto se desvanecieron mis esperanzas porque, cuando el pirata partía hacia el mar, me dejaba en tierra a cargo de su jardincillo y de ayudar a los demás esclavos en las tareas domésticas que suelen desempeñar. Y cuando regresaba de sus expediciones, me ordenaba dormir a bordo del barco para custodiarlo.

No pensaba en otra cosa que en la fuga y en los modos de llevarla a cabo, pero no fui capaz de hallar ningún método que fuera mínimamente exitoso. No había ningún indicio racional de que pudiera llevar a cabo mis planes de evasión, pues no tenía a nadie con quien comunicarme ni que estuviera dispuesto a acompañarme. Ninguno entre los esclavos, no había por allí otro inglés, irlandés o escocés aparte de mí. Nadie en absoluto. Así pues, durante dos años, aunque solía consolarme imaginando la fuga, no tenía ninguna oportunidad alentadora de realizarla.

Al cabo de esos dos años se presentó una extraña circunstancia que reavivó mis intenciones de hacer algo por recobrar mi libertad. Como mi amo permanecía en casa por más tiempo del habitual y sin preocuparse por emprender nuevas navegaciones (lo cual, según oí, se debía a la falta de dinero), frecuentemente, una o dos veces por semana y si hacía buen tiempo, cogía la pinaza²⁷ o barca de su navío y salía a pescar a la bahía. Como siempre se hacía acompañar por un joven morisco y por mí para que remáramos, pues le teníamos muy contento y, además, yo di muestras de ser diestro en la pesca, a veces me mandaba con uno de sus parientes moros y con el joven morisco a fin de que le trajésemos pescado para la comida.

Un día, mientras íbamos a pescar en una mañana clara y tranquila, se levantó una niebla tan espesa que, aun estando a media legua²⁸ de la costa, no podíamos divisarla; de manera que nos pusimos a remar sin saber cuál era el rumbo que tomábamos, y así estuvimos remando todo el día y la noche siguiente. Cuando amaneció, advertimos que habíamos remado mar adentro en vez de hacia la costa y que estábamos, al menos, a dos leguas de la tierra firme. Sin embargo, logramos regresar, no sin mucho esfuerzo y peligros, porque el viento, a medida que avanzaba la mañana, comenzó a soplar con fuerza y, sobre todo, porque estábamos débiles por el hambre.

Nuestro amo, prevenido por este incidente, decidió ser más cuidadoso en el futuro. Se había apropiado de la chalupa de nuestro barco inglés y decidió que no volvería a salir de pesca sin la brújula y algunas provisiones. Ordenó al carpintero de su barco, que también era un esclavo

27 Pinaza es una embarcación de tres palos con remo y vela, que es larga, ligera y estrecha, con quilla plana.

28 Legua: medida itineraria que se utiliza en mar y en tierra. Según lugares y épocas, la legua ha oscilado su valor desde 2,4 a 4,6 mi (millas), pero usualmente se le ha dado el de 3 mi. Así, la legua terrestre equivale a 3 mi terrestres y, por tanto, su valor es de 4828,02 m (metros); y la legua marina equivale a 3 mi marinas y su valor es de 5554,98 m.

inglés, que construyera un pequeño camarote o cabina en medio de la chalupa, como las que tienen las gabarras²⁹, con espacio suficiente a popa para que se pudiese largar la vela mayor y manejar el timón, y a proa, para que dos hombres pudiesen manipular las velas. La chalupa navegaba con una vela triangular amarrada sobre el techo del camarote, que era muy cómodo y con el suficiente espacio para que su propietario pudiera guarecerse dentro con uno o dos de sus esclavos. Tenía algunas cajas con botellas de su licor favorito, una mesa para comer y unos pequeños armarios para guardar, sobre todo, pan, arroz y café.

A menudo salíamos a pescar en este bote y, como yo era el pescador más diestro, nunca salía sin mí. Ocurrió que un día organizó una salida, para divertirse o pescar, con dos o tres moros que gozaban de cierto prestigio en el lugar y a quienes quería agasajar espléndidamente. Para ello dispuso que la noche anterior, en honor a sus huéspedes, se llevaran a bordo más provisiones de las habituales, y me mandó preparar pólvora y perdigones para tres escopetas que llevaba a bordo, pues pensaba alternar con la caza además de pescar.

Preparé todas las cosas como él me había ordenado y esperé a la mañana siguiente con la chalupa recién lavada, su insignia y sus gallardetes enarbolados (totalmente empavesada³⁰) y todo dispuesto para acomodar a sus huéspedes. Al cabo de un rato, mi amo subió a bordo solo y me dijo que sus huéspedes habían cancelado la excursión a causa de un asunto imprevisto que los retenía en la ciudad, y me ordenó, como de costumbre, que saliera en la chalupa con el moro y el joven a pescar, ya que sus amigos vendrían a cenar esa noche a su casa. Me mandó que, tan pronto como hubiese cogido algún pescado, volviéramos a tierra y los llevara a su casa; y así me dispuse a hacerlo.

En ese momento volvieron a mi mente las antiguas esperanzas de libertad, ya que disponía de una pequeña embarcación a mi cargo. Así pues, cuando mi amo se hubo alejado, preparé mis cosas, no para salir de pesca sino para emprender un viaje, aunque no sabía, ni me detuve a pensar, qué dirección debía seguir. Cualquiera rumbo que me alejara de ese lugar sería el correcto, pues esto era lo único que me interesaba.

29 Gabarra o barcaza es un barco de suelo plano construido para el transporte de mercancías por ríos o canales.

30 El empavesado de un barco es el izado del conjunto de banderas para engalanar una embarcación. Las banderas se anudan una al lado de la otra y se izan todas entre los mástiles.

Mi primer engaño fue buscar un pretexto para convencer al moro de que necesitábamos embarcar provisiones para nuestro sustento, y la excusa que le di fue que no podíamos comernos las provisiones de nuestro amo. Me dio la razón y trajo una gran canasta con galletas o bizcochos secos de los que ellos confeccionaban, y tres tinajas de agua dulce. Yo sabía dónde estaba la caja de botellas de licores de mi amo, que evidentemente, por la marca, había adquirido del botín de algún barco inglés apresado, de modo que mientras el moro estaba en la playa la subí a bordo para que pareciera que estaba allí por orden del amo. Llevé también a la chalupa un bloque de cera que pesaba más de cincuenta libras, un rollo de bramante o cable, un hacha, una sierra y un martillo, todo lo cual me fue de gran utilidad posteriormente, sobre todo, la cera para hacer velas. Para engañar al moro le tendí otra treta de la que nada receló. Su nombre era Ismael pero lo llamaban Muley o Moley.

—Moley —le dije—, ya que las escopetas de nuestro amo están a bordo del bote, ¿no podrías traer un poco de pólvora y municiones? Tal vez podamos cazar algún alcamar (un ave parecida a nuestros chorlitos). Porque sé que el patrón guarda las municiones en el barco.

—Sí —me respondió—, te lo traeré.

Efectivamente, apareció con un gran saco de cuero que contenía cerca de una libra y media de pólvora, quizás más, y otro con perdigones y algunas balas, que pesaba cinco o seis libras aproximadamente, y lo subió todo a bordo de la chalupa. Mientras tanto, yo había encontrado un poco de pólvora en el camarote de mi amo, con la que llené uno de los botellones grandes de la caja, que estaba casi vacío, y eché su contenido en otra botella. De este modo, provistos con todo lo necesario, salimos del puerto para pescar. Los centinelas de la fortaleza que estaba a la entrada del puerto nos reconocieron y casi no nos prestaron atención. Cuando nos habíamos adentrado en el mar, a menos de una milla del puerto, recogimos las velas y nos pusimos a pescar. El viento soplaba del norte-noreste, lo cual no favorecía lo que yo deseaba, ya que si hubiera soplado viento del sur con toda seguridad nos habría llevado a las costas de España, como mínimo, a la bahía de Cádiz. Pero fuera cual fuese la dirección del viento, yo estaba decidido a alejarme de ese horrible lugar y encomendarme en manos del destino.

Después de estar un rato pescando sin resultado alguno, porque cuando tenía algún pez en el anzuelo no lo sacaba, siempre tratando de que el moro no se diera cuenta, al cabo de un rato le dije:

—Aquí no vamos a pescar nada y no podremos complacer a nuestro amo. Tendremos que alejarnos un poco más.

Moley, sin sospechar nada, asintió y se dirigió a la proa del barco para desplegar las velas. Como yo estaba al timón, hice al bote avanzar una legua más y enseguida me puse a fingir que buscaba un buen sitio para pescar. De pronto, entregándole el timón al muchacho, me acerqué a donde estaba el moro y, agachándome como si fuese a buscar algo a sus espaldas, lo cogí por sorpresa por la entrepierna y lo arrojé al mar por la borda.

Inmediatamente subió a la superficie, porque nadaba como un pez. Me llamó y me suplicó que lo dejara subir, asegurándome que iría conmigo al fin del mundo si ese era mi deseo; y comenzó a nadar hacia el bote con tanta velocidad que muy pronto nos hubiera alcanzado, puesto que soplaba muy poco viento. En ese momento entré en la cabina, cargué una de las escopetas y le apunté con ella diciendo que no le había hecho daño y que si se alejaba no se lo haría.

—Pero —le dije—, nadas muy bien y puedes llegar a la orilla. El mar está en calma, así que intenta llegar a tierra nadando y no tienes nada que temer de mí; pero si te acercas al bote, te meteré un tiro en la cabeza pues estoy resuelto a recuperar mi libertad.

Entonces, se dio la vuelta y se alejó nadando hacia la costa, y sin duda llegó sin dificultades, porque era un excelente nadador.

Hubiera preferido llevarme al moro y arrojar al muchacho al agua, pero la verdad es que no tenía ninguna razón para confiar en aquel. Cuando se alejó, me volví al chico, a quien llamaban Xury, y le dije:

—Xury, si quieres serme fiel, yo haré de ti un gran hombre, pero si no te pasas la mano por la cara —lo cual quiere decir jurar por Mahoma y la barba de su padre—, jurándome que no me traicionarás, tendré que arrojarte también al mar.

Me sonrió y me pareció que me habló con tanta sinceridad que no pude menos que confiar en él. Me juró que me sería fiel y que iría conmigo al fin del mundo.

Mientras estuvimos al alcance de la vista del moro, que seguía nadando, mantuve el bote en dirección al mar abierto, al paio³¹, más bien un poco inclinado a barlovento³², para que pareciera que me dirigía a la

31 Al paio es dejar la embarcación quieta pero con las velas tendidas.

32 Barlovento es el lugar de donde viene el viento, con respecto a un punto determinado.

boca del estrecho (como en verdad lo habría hecho cualquier persona que estuviera en su sano juicio), pues, ¿quién podía imaginar que navegáramos hacia el sur, rumbo a tierras de bárbaros, donde, con toda seguridad, tribus enteras de negros podrían rodearnos con sus canoas para matarnos; en donde desembarcar era correr el riesgo de ser devorados por las fieras o por los hombres salvajes, que eran los más despiadados de toda la especie humana?

Pero con la caída de la tarde, tan pronto oscureció, cambié el rumbo y enfilé directamente al sudeste, ligeramente inclinado hacia el este, para no alejarme demasiado de la costa. Con un buen viento que soplaba favorable y el mar en calma, navegamos tanto que al día siguiente, a las tres de la tarde, avistamos tierra por primera vez; no podíamos estar a menos de ciento cincuenta millas al sur de Salé, mucho más allá de los dominios del emperador de Marruecos o de cualquier otro monarca de aquellos lares, ya que no vimos a ningún ser humano.

No obstante, era tal el temor que tenía de los moros y el terror de pensar en que podía caer en sus manos que no me detuve, ni desembarqué, ni eché el ancla. El viento seguía soplando favorablemente y decidí continuar navegando en el mismo rumbo durante cinco días más. Luego el viento comenzó a soplar del sur y pensé que si algún barco había salido a perseguirnos, a estas alturas, ya se habría dado por vencido. Así pues, me arriesgué a tomar tierra y anclé en la desembocadura de un pequeño río, sin saber cuál era, ni dónde estaba, ni en qué latitud, ni en qué región, o en qué nación. Ni vi a nadie, ni deseaba hacerlo, porque lo único que me interesaba era conseguir agua fresca. Llegamos al estuario por la tarde y decidimos alcanzar a nado la costa tan pronto como oscureciera para explorar el lugar. Pero en cuanto atardeció, comenzamos a escuchar un bullicio espantoso de ladridos, aullidos, bramidos y rugidos de animales feroces cuya especie desconocíamos. El pobre muchacho creyó que estaba a punto de morir de miedo y me suplicó que no fuéramos a la orilla hasta el amanecer.

—De acuerdo, Xury —le dije—, entonces no lo haremos, pero puede que en el día nos encontremos con hombres que sean para nosotros tan peligrosos como esos leones.

—Entonces les disparamos escopeta —dijo Xury sonriendo—, y ellos huir.

Xury había aprendido a chapurrear nuestra lengua inglesa conversando con nosotros, los esclavos de Salé. Me alegraba ver que el chico

estaba tan contento y, para animarlo, le di a beber un vasito de licor de la caja de botellas de nuestro amo. A fin de cuentas, el consejo de Xury me parecía razonable y lo acepté. Echamos nuestra pequeña ancla y la chalupa quedó inmóvil, pero aunque permanecimos tranquilos toda la noche, ninguno de los dos pudo dormir. En las primeras horas de la noche, vimos que enormes criaturas (pues no sabíamos cómo llamarlas) de diversas especies avanzaban hasta la playa y se metían en el agua, revolcándose y bañándose, por el mero placer de refrescarse, mientras bramaban y aullaban como nunca habíamos escuchado.

Xury estaba aterrizado y, en verdad, yo también lo estaba, pero nos asustamos mucho más cuando oímos avanzar a una de esas poderosas criaturas nadando hacia nuestro bote. No podíamos verla pero, por sus resoplidos, parecía una bestia enorme, monstruosa y feroz. Xury decía que era un león y tal vez lo fuera, por lo que yo sé de estos animales. El pobre chico me pidió a gritos que leváramos el ancla y huyéramos remando mar adentro.

—No, Xury —dije—, basta con que larguemos el cable con la boya y nos alejemos en dirección al mar. No podrá seguirnos tan lejos.

En cuanto dije esto, me percaté de que la criatura (fuera lo que fuese) estaba a dos remos de distancia, lo cual me espantó y sorprendió mucho. Inmediatamente me precipité a toda velocidad en el camarote y cogiendo mi escopeta disparé contra el monstruo, que dio media vuelta velozmente y volvió nadando hacia la playa.

Es imposible describir la horrorosa algarabía, los espeluznantes alaridos y los bramidos que provocamos con el disparo de la escopeta, tanto en la orilla de la playa como tierra adentro, pues creo que esas criaturas nunca antes habían escuchado el sonido de un arma de fuego. Me convencí de que sería una insensatez ir a la orilla durante la noche, pero tomar tierra durante el día también ofrecía numerosos peligros, pues me parecía que no había gran diferencia entre caer en manos de los hombres salvajes o caer en el poder de las garras de leones y tigres; nosotros teníamos miedo de unos y de otros.

Sea como fuere, forzosamente debíamos desembarcar en algún lugar porque no nos quedaba ni una pinta³³ de agua dulce en la chalupa; el problema a decidir era cuándo y dónde hacerlo. Xury decía que, si le permitía ir a tierra con una de las tinajas, si encontraba agua, la traería al bote.

33 Pinta: unidad de volumen inglesa que equivale a 568,26125 ml.

Le pregunté por qué prefería ir él a que fuera yo a por el agua mientras él se quedaba en el bote. Me respondió con tanto afecto que desde entonces le tomé gran cariño:

—Los salvajes vienen, me comen, tú escapar.

—Entonces, Xury —le dije—, iremos los dos y si nos atacan los salvajes, los mataremos y, así, no se comerán a ninguno de los dos.

Le di un pedazo de galleta para que comiera y otro vasito de licor de la caja de botellas del amo, que ya mencioné antes. Aproximamos el bote a la orilla hasta donde nos pareció prudente y nadamos hasta la playa, sin otra cosa que nuestros brazos y dos tinajas para el agua.

Yo no me atrevía a perder de vista la chalupa, pues temía que los salvajes vinieran en sus canoas río abajo. Mientras yo vigilaba, Xury, que había visto un terreno bajo como a una milla de la costa, se encaminó hacia allí y, al poco tiempo, regresó corriendo con todas sus fuerzas hacia mí. Pensé que lo perseguía algún salvaje o que se había asustado al ver alguna fiera y me precipité hacia él para socorrerle. Pero cuando me acerqué, vi que traía algo colgando de los hombros, un animal que había cazado parecido a una liebre pero de otro color y con las patas más largas. Esto nos alegró mucho y luego comprobamos que la carne era excelente. Pero el pobre Xury trajo otra novedad que en realidad nos alegró todavía más: había encontrado agua fresca y no había visto ningún salvaje.

Al poco descubrimos que no teníamos que trabajar tanto para buscar agua, porque en la misma cala, un poco más arriba del estuario en el que estábamos, había un pequeño torrente del cual manaba agua fresca, debido a que la marea apenas remontaba el río. Así, pues, llenamos nuestras tinajas, nos dimos un banquete con la especie de liebre que habíamos cazado y nos preparamos para seguir nuestro camino, sin llegar a ver ni rastro de seres humanos en aquella parte de la región.

Como yo ya había hecho un viaje por estas costas, sabía muy bien que las Islas Canarias y las de Cabo Verde se hallaban a poca distancia de la costa. Pero como no tenía instrumentos para calcular la latitud en la que estábamos, ni sabía exactamente, o al menos no lo recordaba, en qué latitud estaban las islas, no sabía qué rumbo tomar para dirigirme a ellas ni a qué distancia estaban de nosotros; de otro modo, me hubiera sido fácil encontrarlas. Centraba todas mis esperanzas en que, si continuaba bordeando esta costa, llegaría hasta donde comerciaban los ingleses y de este modo encontraría alguna embarcación mercante en su ruta habitual que estuviera dispuesta a ayudarnos.

Según los cálculos que hice, el lugar en el que nos encontrábamos debía estar en la región situada entre los dominios del emperador de Marruecos y los inhóspitos territorios de los negros, una tierra estéril y desierta donde solo habitaban las bestias salvajes; una región abandonada por los negros, que se trasladaron más al sur por miedo a los moros; y por su parte, estos últimos pensaban que no valía la pena habitarla a causa de su aridez. Aunque tanto unos como otros la habían abandonado por la gran cantidad de tigres, leones, leopardos y otras fieras feroces que allí habitaban. Este era el motivo por el que los moros solo la utilizaban para cazar, actividad que realizaban en grupos de dos o tres mil hombres. En efecto, a lo largo de más de cien millas de la costa que fuimos bordeando, no vimos más que un vasto territorio desierto por el día, y durante la noche no se oía más que aullidos y rugidos de bestias salvajes.

Un par de veces durante el día me pareció ver el Pico de Tenerife, que es el monte más alto de las montañas de Tenerife en las Canarias, y tenía grandes deseos de adentrarme en el mar con la esperanza de llegar allí y, en efecto, lo intenté dos veces, pero el viento contrario y el mar, demasiado agitado para mi pequeña embarcación, me hicieron retroceder, por lo que decidí seguir mi primer plan y continuar bordeando la costa.

Después de abandonar aquel sitio, me vi obligado a volver a tierra varias veces a hacer provisión de agua fresca. Una de estas veces, a primera hora de la mañana, anclamos al pie de un pequeño promontorio bastante elevado, y como la marea comenzaba a subir, fondeamos en espera de que la subida del agua nos impulsara. Xury, cuyos ojos parecían estar mucho más atentos que los míos, me llamó con un susurro y me dijo que haríamos mejor en alejarnos de la costa:

—Mira allí —me dijo—, monstruo terrible está dormido en la ladera de la colina.

Miré hacia donde apuntaba y, ciertamente, vi un monstruo terrible, pues se trataba de un león inmenso que estaba tumbado a la orilla de la playa, bajo la sombra de una de las piedras que sobresalía del promontorio de la colina, que parecía protegerlo.

—Xury —le dije—, salta a tierra y mátalos.

Me miró aterrorizado y dijo:

—¿Yo matar? Me come de una boca.

En verdad quería decir de un bocado. No le dije nada más y le ordené que no se moviera de ese lugar. Tomé la escopeta de mayor tamaño, que tenía casi el calibre de un mosquete, la cargué con abundante pólvora y

dos trozos de plomo y la dejé a un lado. Entonces cargué otra escopeta con dos balas y luego una tercera y última con cinco balas pequeñas, pues teníamos tres armas. Afiné la puntería lo mejor que pude con la primera escopeta para dispararle en la cabeza, pero como estaba echado de modo que las patas sobresalían por encima de su hocico, los plomos le hirieron una pata, a la altura de la rodilla, y le partieron el hueso. Inmediatamente trató de levantarse mientras rugía ferozmente pero, como tenía la pata partida, volvió a caer al suelo para alzarse otra vez sobre las otras tres patas, a la vez que lanzó el rugido más espeluznante que jamás hubiese oído. Estaba atemorizado por no haberle dado en la cabeza, pero inmediatamente tomé la segunda arma y, a pesar de que el animal ya había comenzado a alejarse, le disparé otra vez y le di en la cabeza y tuve el placer de verlo desplomarse, emitiendo apenas un quejido pero luchando por sobrevivir. Entonces Xury se envalentonó y me pidió que le dejara ir a la orilla.

—Está bien, ve —le dije.

El chico saltó al agua, sujetando el arma pequeña en una mano, y con la otra nadó hacia el promontorio y se acercó al animal, se puso la culata del fusil cerca de la oreja, le disparó nuevamente en la cabeza y lo remató.

Esto era más bien un juego para nosotros, porque esta carne no servía para alimentarnos, y lamenté haber desperdiciado tres cargas de pólvora en disparar a un animal que no tenía ninguna utilidad para nosotros. No obstante, Xury dijo que quería llevarse algo, así que subió a bordo y me pidió que le diera el hacha.

—¿Para qué, Xury? —le pregunté.

—Yo corto cabeza —me contestó.

Pero no pudo hacerlo, de manera que le cortó una pata, que era enorme, y la guardó como recuerdo. Luego pensé que la piel del león podía tener algún valor y decidí, si eso era posible, desollarlo. Inmediatamente nos pusimos a trabajar y Xury demostró ser mucho más diestro que yo en la labor, pues, en realidad, yo no sabía por dónde empezar. La operación nos tomó todo el día pero, por fin, pudimos quitarle la piel y la extendimos sobre el camarote, en donde se secó al sol en dos días y desde entonces yo la utilizaba para dormir sobre ella.

Tras esta pausa, navegamos hacia el sur durante diez o doce días, economizando las provisiones todo lo posible, pues comenzaban a disminuir rápidamente, y solo acercándonos a la orilla cuando era necesario buscar agua dulce. Mi intención era dirigirme al río Gambia o al Senegal,

es decir, llegar a la altura de Cabo Verde, donde esperaba encontrar algún barco europeo. Si esto no era posible, no sabía qué rumbo tomar a no ser intentar navegar en busca de las islas o morir a manos de los negros. Yo sabía que todos los barcos que hacen la travesía entre Europa y las costas de Guinea, Brasil o las Indias Orientales pasaban por el Cabo o tocaban estas islas. En pocas palabras, aposté toda mi fortuna a una sola carta, de manera que o encontraba un barco o estaba irremisiblemente perdido.

Una vez tomada esta resolución, seguimos esa ruta durante diez días y comencé a advertir que la tierra estaba habitada. En dos o tres lugares por los que pasamos vimos gente que nos observaba desde la playa. Pudimos distinguir que eran completamente negros y que estaban desnudos. En una ocasión sentí el impulso de desembarcar y establecer contacto con ellos, pero Xury, que era mi mejor consejero, me dijo:

—No ir, no ir.

No obstante, me acerqué tanto a la playa más cercana que hubieran podido oírme, y vi cómo corrían un buen trecho por la orilla del mar, a la par que nosotros. Observé que no llevaban armas en las manos, con la excepción de uno que llevaba un palo largo y delgado, que según Xury era una lanza que aquellos salvajes arrojaban desde muy lejos y con muy buena puntería. Así pues, me mantuve a una distancia prudencial pero les hablé como mejor pude, por medio de señas, como Dios me dio a entender, sobre todo, haciéndoles gestos de que buscábamos comida. Siempre con gestos, me dijeron que detuviera el bote y que irían a buscar algo de comer. En vista de esto, bajé un poco las velas y me quedé a la espera, y dos de ellos corrieron tierra adentro y, en menos de media hora, estaban de vuelta con dos trozos de carne seca y un poco de grano del que se cultiva en estas tierras, y aunque en ese momento no sabíamos qué era ni una cosa ni la otra, sin embargo, las aceptamos gustosamente. Se presentó así el problema de cómo recoger lo que nos ofrecían, pues yo no me atrevía a saltar a tierra y, por otra parte, ellos estaban tan aterrados como nosotros. Por fin se les ocurrió una forma de hacerlo, que resultaba segura para todos: dejaron la carne y el grano en la playa y se alejaron, se retiraron a una gran distancia y no volvieron a acercarse hasta que nosotros subimos a bordo las provisiones.

Les hicimos señas de agradecimiento pues no teníamos nada que darles a cambio. Sin embargo, en ese mismo instante surgió la oportunidad de devolverles el favor, porque mientras estaban en la orilla se acercaron dos animales gigantescos, persiguiéndose uno al otro (según nos

parecía) con gran saña, que descendían desde la montaña en dirección al mar. No hubiéramos podido decir si se trataba de un macho que perseguía a una hembra, o si estaban en son de juego o de pelea. Tampoco sabíamos si esto era algo habitual o inusitado, aunque me inclino por lo segundo; porque, en primer lugar, estas bestias feroces raramente suelen aparecer si no es por la noche; y en segundo lugar, porque advertimos que los salvajes estaban terriblemente asustados, sobre todo las mujeres. El hombre que llevaba la lanza no huyó, pero los demás sí lo hicieron. Sin embargo, las dos bestias no tenían intención de atacar a los negros, sino que se dirigieron hacia el mar directamente, se zambulleron en el agua y nadaron de un lado a otro como si solo hubiesen ido allí a jugar. Al cabo de un rato, una de las bestias comenzó a acercarse a nuestra chalupa más de lo que yo hubiese deseado, pero no me encontró desprevenido pues yo había cargado una escopeta lo más aprisa que pude y le dije a Xury que cargara las otras dos. Tan pronto como se me puso a tiro, disparé y le acerté en plena cabeza. Se hundió al instante en el agua, pero enseguida salió a flote, volvió a sumergirse y nuevamente salió a la superficie, parecía que una y otra vez luchaba contra la muerte, lo que, en efecto, hacía. Empezó a nadar hacia la playa pero, entre la herida mortal que le había propinado y la asfixia que le producía el agua que había tragado, murió antes de llegar a la orilla.

Resulta imposible describir el asombro de estas pobres gentes al oír el estallido y ver el fogonazo de mi arma. Algunos, según parecía, estaban a punto de morir de miedo y por el mismo terror cayeron al suelo como muertos. Pero cuando vieron que la bestia había sucumbido y se hundía en el agua, mientras yo les hacía señas para que se volvieran a la playa, se armaron de valor, se acercaron a la orilla y empezaron a buscarla. Fui yo quien la descubrió, por la mancha de la sangre que flotaba en el agua y, con la ayuda de una cuerda que pasé alrededor de su cuerpo y cuyo extremo luego arrojé a los negros, pudieron arrastrarla hasta la tierra. Resultó ser un raro ejemplar de leopardo de lo más curioso, que tenía unas manchas de gran belleza. Los negros, que no podían comprender con qué lo había matado, levantaron las manos al cielo para demostrar su admiración hacia aquello que había utilizado para aniquilarlo.

El otro animal, atemorizado por el fogonazo y el ruido del disparo, nadó hacia la playa y huyó a las montañas de donde habían venido, sin que, debido a la distancia, yo pudiera ver la especie a la que pertenecía. Me di cuenta enseguida de que los negros querían comerse la carne del

animal, y como deseaba que lo consideraran un favor personal mío, les hice señas para que la tomaran, ante lo cual se mostraron muy agradecidos. Inmediatamente se abalanzaron sobre el animal y se pusieron a desollarlo, y como no tenían cuchillo utilizaban un trozo de madera muy afilado, con tanta destreza y limpieza como lo hubiésemos podido hacer nosotros con un cuchillo. Me ofrecieron un poco de carne, que yo rechacé, dándoles a entender que era toda suya, pero les hice señas de que quería la piel, la cual me entregaron gustosamente y, además, me trajeron muchas más de sus provisiones, que acepté de buen grado aun sin saber lo que eran. Luego les indiqué por señas que necesitaba un poco de agua y les enseñé una de las tinajas, que puse boca abajo para mostrarles que estaba vacía y que quería llenarla. Rápidamente, llamaron a uno de los suyos y aparecieron dos mujeres con una gran vasija de barro cocido, supongo que al sol. Trasladaron la vasija hasta la playa, del mismo modo se retiraron, como antes lo habían hecho con los alimentos, y yo envié a Xury a la orilla con las tres tinajas, que trajo de vuelta llenas. Las mujeres, al igual que los hombres, estaban desnudas.

De este modo, provisto como estaba de raíces, grano y agua, abandoné a mis amigos negros y seguí navegando unos once días más, sin necesidad de tener que acercarme a la orilla. Entonces vi que, a unas cuatro o cinco leguas de donde estábamos, la tierra se prolongaba mar adentro. Como el mar estaba totalmente en calma, viré para doblar la punta, bordeando la costa a una gran distancia, y cuando nos disponíamos a doblarla, a un par de leguas de la costa, divisé tierra al otro lado del horizonte. De lo cual deduje que se trataba de Cabo Verde y que aquellas islas que podíamos divisar eran las islas que llevan ese mismo nombre. Sin embargo, se encontraban lejos y yo no sabía qué rumbo tomar, pues si me sorprendía una ráfaga de viento, no podría alcanzar ni una ni otra parte. Ante este dilema, me detuve a pensar y bajé al camarote a sentarme, dejándole el timón a Xury. De pronto, lo sentí gritar:

—¡Capitán, señor, un barco con vela!

El pobre chico estaba fuera de sí a causa del miedo, creía que sería forzosamente uno de los barcos que su amo habría enviado en nuestra persecución, pero yo sabía muy bien que, desde hacía tiempo, nos habíamos alejado tanto como para estar fuera de su alcance. Salí de un salto del camarote y no solo pude ver el barco, sino también, de dónde era. Se trataba de un navío portugués que supuse que se dirigía a la costa de Guinea para traficar con esclavos. Pero cuando me fijé en el rumbo que

seguía, me di cuenta de que ese no era su destino y que en modo alguno se acercaría más a la costa. En vista de ello, enderecé la proa hacia mar adentro todo lo que me fue posible, decidido a usar todos los medios para contactar y hablar con ellos.

Aunque largamos toda la vela, comprendí que no podríamos alcanzarlo y que desaparecería antes de que yo pudiera hacerle cualquier señal. Pero cuando yo ya había puesto nuestro bote a toda marcha y comenzaba a desesperarme, al parecer ellos me vieron con la ayuda de su catalejo³⁴. Y suponiendo que se trataba de una barcaza que debía pertenecer a algún barco europeo perdido que había naufragado, arriaron las velas para que yo pudiera alcanzarlos. Esto me alentó y, como llevaba a bordo la bandera de mi amo, la icé en señal de socorro y disparé un tiro con la escopeta. Los del barco vieron ambas señales, porque después me dijeron que habían visto el humo, aunque no habían escuchado la detonación. Advertidos, se pusieron al paio para detener la nave generosamente y, al cabo de tres horas, pude llegar hasta ellos.

Me preguntaron quién era en portugués, español y francés, pero yo no entendía ninguna de estas lenguas. Por fin, un marinero escocés que formaba parte de la tripulación me llamó y le contesté. Le dije que era inglés y que me había escapado de la esclavitud de Salé. Entonces me invitaron a subir a bordo y, muy amablemente, me acogieron con todas mis pertenencias.

34 El catalejo es un instrumento que sirve para ver a gran distancia y tiene forma de tubo estrecho con dos lentes a cada lado, una colectora de luz y un amplificador de imagen.